

Adiós a los hombres **Antonio Gómez Rufo**

Había oído decir que en una ciudad, al norte, se vendían los libros con una página en blanco, perdida en algún lugar del volumen; y que si el lector llegaba a ella en el momento justo en que daban las tres de la tarde, moría. Desde que oyó contar aquella leyenda, dejó de leer. Porque Juan nunca aprendió a superar los miedos, ni los que iba sumando en la vida ni el que le producía la muerte: tanto daba que se tratase de la poderosa mirada de una mujer que de una patraña tan absurda como la de la página en blanco que había oído contar a alguien, nacida de una leyenda escocesa.

Por eso se asustó de aquella manera cuando Laura, como sin darle importancia, de ese modo displicente y desganado con que se aleja el zumbido de un insecto en verano, le preguntó:

- ¿Por qué no la matas?

Lo dijo sin apenas cambiar el tono de voz con el que siempre le hablaba, una entonación tan inocente y natural como el perfume de una flor en los días finales de mayo. Sus ojos, al decírselo, no le miraron: estaban perdidos, en el humo voluptuoso que crecía de su cigarrillo y que ocultaba la malicia adolescente de los amores rebeldes. Y a él de repente también le dio miedo aquella muchacha débil, hermosa, indiferente y cruel.

- ¿Por qué, eh? –repitió.

- No lo sé –dijo Juan. Y calló.

Estaban juntos en aquel apartamento, como cada tarde, agazapados en una penumbra mancillada por luces de farolas y neones de escaparate que se filtraban por las rendijas de unas persianas que no habían bajado del todo.

Y como cada tarde también, gastaban los minutos entre silencios, porque apenas hablaban.

Se conformaban con dejarse, de tarde en tarde, una mirada posada en los ojos. Era como mostrarse el alma el uno al otro, sin demandar ninguna otra cosa. Porque Juan y Laura se conocían muy bien, sabían lo que pensaban, y lo que temían. Y también lo que les hacía sufrir y lo que les permitía soñar.

Laura pasaba muchas tardes inventándose cómo triunfar, haciendo lo que más le gustaba: escribir. Sobre todo cuentos. Y él se conformaba con saldar la jornada sin recibir una nueva derrota como la que demasiados días le infligía la vida. Entre ambos iban forjando un extraño mundo de sueños que no precisaba explicarse porque era de ellos y de nadie más.

Así sucedió desde que se conocieron y así querían que siguiese siendo; por eso se encontraban a gusto en aquella especie de urna de cristal en la que no entraban las luces del día ni las mentiras de la calle.

Laura permanecía tendida en el sofá, moviendo incansable los dedos de los pies, siguiendo un compás que sólo ella oía dentro de su cabeza; o dejando palpar las piernas al son de sus fantasías jóvenes. Él, Juan, se conformaba con quedarse sentado en el sillón, a su lado, desplomado como si no esperase nada y con los ojos entrecerrados, navegando por pensamientos caprichosos que a veces resultaban absurdos o desmesurados; y en ocasiones atroces.

Guardaban silencio y respiraban el mismo aire. No pretendían sorprenderse a cada momento, ni intercambiar preguntas: les bastaba regalarse relámpagos de pasión y aguaceros de besos, como se busca en los albores de los amores exagerados.

Pero cuando coincidían sus miradas era como si entrechocasen pedernales en agosto, como si un volcán hubiese entrado en erupción.

- No me mires así. Me arañas la piel...

- Lo siento. No he podido evitarlo...

¿Por qué no la matas?, le había preguntado Laura; y Juan sintió que se le cerraba la garganta, como cuando su mujer le hacía preguntas difíciles, o como cuando sufría esos ataques de ansiedad que no había aprendido a controlar.

- No lo sé –contestó, y notó que la respiración se le hacía fatigosa otra vez.

Por eso ambos se quedaron callados de nuevo.

Les gustaba permanecer en silencio, sin interferir en los pensamientos del otro. El silencio era un incendio que no les abrasaba a ninguno de los dos. Se habían acostumbrado a no remover el aire con palabras innecesarias y en la quietud habían construido un mundo sereno que habitaban juntos de siete a nueve, de lunes a viernes, como becarios de un amor sigiloso y recogido. Un amor que no necesitaba verbos porque tampoco precisaba declararse.

Laura estaba enamorada de Juan, aunque no se lo repitiese; y Juan quería a Laura de esa manera masculina que no precisa de confesiones ni de grandes explicaciones. Querer es estar ahí: qué otra cosa puede significar seguir cerca. Aunque ella lo echó de menos una tarde de miércoles y, contemplándolo con ojos de necesidad, se lo dijo:

- Alguna vez me gustaría oírtelo decir...

- Te quiero.

- Gracias.

Laura aprendió que Juan no malgastaba palabras porque sufría profundamente y con el mutismo se anesthesiaba el alma. Y Laura, por respeto, tampoco exigía nada ni hablaba de más. No suplicaba frases de manual ni mendigaba adjetivos que de sobra sabía que no formaban parte del vocabulario de los hombres, aún menos de un hombre como Juan, asfixiado por unos miedos que venían de demasiado lejos. Laura sabía que los hombres, desde sus raíces ancestrales, esconden su sufrimiento en el silencio porque no pueden mostrar que son débiles; y así el sigilo se convierte, desde siempre, en un parapeto tras el que se resguarda la dignidad, en donde se disimula la inseguridad y se oculta el miedo. Laura sabía que los hombres llevan un millón de años refugiados en el silencio y por eso hay quien asegura que no conocen lo que significa sufrir, que desconocen lo capaces que son de mutilarse o, si llega el caso, de morir de desamor. Pero Laura sí; Laura había aprendido que ellos también conocían lo que significaba eso porque Juan se lo había explicado una vez.

- Los rivales de los hombres son los hombres, no las mujeres.

- A veces no lo parece.

- Porque nos confundimos los dos: los hombres y las mujeres.

Lo que nunca le dijo a Laura es que jamás se le había pasado por la cabeza la idea de matar a nadie, y mucho menos a su mujer. Por eso aquella pregunta desapasionada, fría, directa e ingenua, en aquella tarde de penumbra y lluvia, le hizo sentirse como un criminal.

- ¿Matarla?

- No pongas esa cara... No estoy diciendo que seas un asesino...

Un asesino. No. Él no lo era. En realidad, es difícil ser algo cuando ya todo da igual. Pero en el fondo temía que Laura descubriese que no tenía el valor que hace falta para serlo, y esa idea también le descompuso. Como la misma idea de matar. No le importaba que ella supiese que era un cobarde, pero prefería no ser él quien se lo dijese. Por eso se removió en el sillón y, convirtiendo al silencio en un parapeto, otra vez, sólo supo decir que no sabía por qué no lo hacía.

Aunque sí lo sabía. Desde hacía mucho tiempo Juan sufría un miedo invencible a la soledad que le asaltaba con terrores nocturnos, un pavor que ninguna terapia había remediado. Casi todo el mundo teme a la noche cuando no tiene a nadie para compartirla, le dijeron; aunque que pocos se atrevían a confesarlo. Pero la diferencia entre sus temores y los de los demás era que Juan no había aprendido a vencerlos ni a contrarrestarlos, como los otros hacían; o a acostumbrarse, como los demás se habían acostumbrado. Por eso no se había divorciado de su mujer ni se le pasaba por la cabeza la idea de matarla: ella era un puerto seguro en el que resguardarse cuando llegaba el barco de la cobardía. Y aunque prefería a Laura, joven y nueva como una mañana de abril, temía no saber durante cuánto tiempo ella querría estar con él, o con qué pétalos cuenta los días una mujer hasta que decide cambiar el jarrón que mantiene vivas las flores de su vida.

No se encontraba bien, no, pero tampoco necesitaba visitar otra vez a un médico para que le describiese la patología de su mal: sabía muy bien con qué hilos se tejían y destejían los ropajes de su ansiedad y también por qué no la mataría nunca, aunque no pudiese decírselo a Laura: porque Claudia era, a pesar de todo, un lugar al que podía volver. Juan ocultaba a todos esa verdad porque le parecía perversa, y no necesitaba más sufrimientos a su alrededor.

Y es que ni el más sanguinario de los hombres quiere que su madre conozca con qué licores se prepara el brebaje que alimenta el lado oscuro del alma de su hijo.

Llovía, otra vez. Aquella tarde estaba lloviendo también sobre la ciudad, como venía sucediendo desde hacía un mes: un fenómeno extraño que al principio no sorprendió a nadie pero que, con el paso de los días, terminó por amedrentar a las viejas y a las beatas hasta el punto de que acabaron remirándose entre sí a hurtadillas para intentar descubrir quién de ellas se había comprado otra vida o había vendido su colección de lutos al diablo.

Porque cuando llovía sobre la ciudad, y además de un modo tan desacostumbrado, todos sus habitantes corrían a resguardarse del agua, temiendo que la humedad les encogiese el alma o la lluvia fuera a poner voz a sus secretos para después arrastrarlos por los laberintos indescifrables de las callejuelas en cuesta.

Aquella era una ciudad de invierno prolongado, de piedras frías y de sonrisas contadas; una ciudad fronteriza y triste en la que casi nunca llovía. Por eso cuando lo hacía, como entonces, nadie se atrevía a mirar a lo alto, no fuera a ser que el cielo señalase con el dedo los pecados más terribles o en el techado de nubes bajas, como de pizarra, estuvieran escribiéndose con tiza los verdaderos pensamientos de las mujeres.

Aquella última tarde de enero Juan llegó al apartamento empapado por el aguacero que le había sorprendido mientras cruzaba la gran plaza. Sin encender la luz ni quitarse la gabardina fue directamente al cuarto de baño para secarse el pelo, la cara y las manos con una toalla que olía a menta. Notó que tenía los calcetines mojados, pero no le importó que se secasen contra su piel. Se quitó la gabardina, la tiró sobre el bidé y salió al salón, donde se sentó a esperarla, sin impaciencia, con los ojos entrecerrados para acostumbrarlos a la penumbra.

Muy pronto empezó a sentir que entraba en calor y que se estaba bien allí, otro día más, a oscuras, sin ruidos, sin nadie que le recordase quién era ni quién había querido ser. No necesitaba otro mundo diferente del que se había erigido en aquel piso sin señas postales ni llave del buzón, un refugio para él y para sus pensamientos; y ahora para compartirlo con Laura, la mujer que sin saberlo ahuyentaba su soledad. Pronto llegaría, pensó; como casi siempre, un poco más tarde que él. Puntual. Y, entonces, hasta sus pulmones entraría la luz de una vida pequeña que se dibujaba con colores muy parecidos a los de la alegría.

Cuando poco después oyó manipular el llavín de la puerta y la vio entrar, sonriendo, se dijo que ella era la única mujer que merecía ser amada.

Pero hacía mucho tiempo que había decidido no volver a hacerlo.

- Sigue lloviendo -dijo Laura mientras le besaba los labios-; pero mañana te voy a comprar un sol, te lo prometo.

A las mujeres, pensaba Juan, no se las podía amar, tan sólo querer. U odiar. O ambas cosas a la vez.

Sólo Laura era diferente.